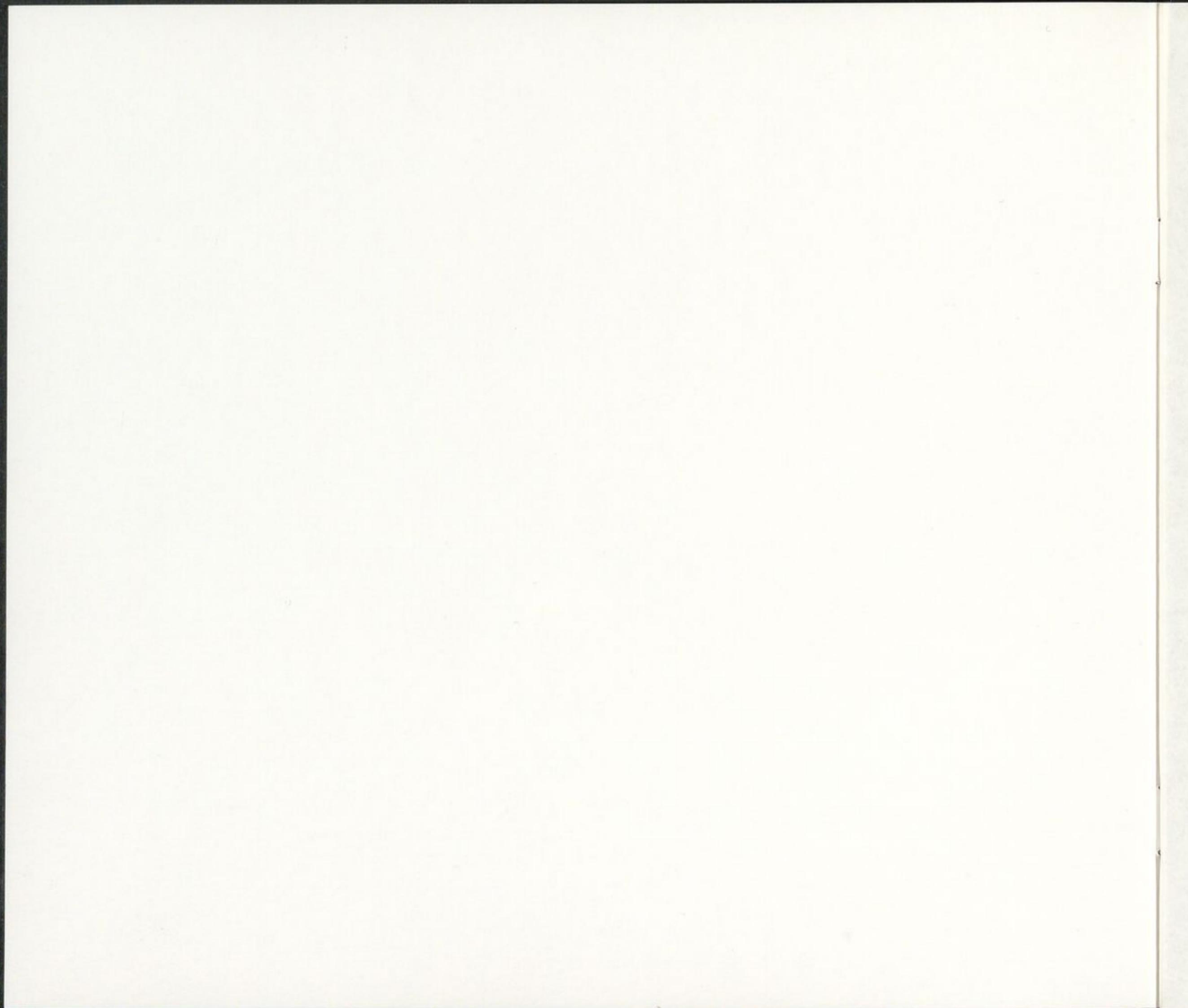
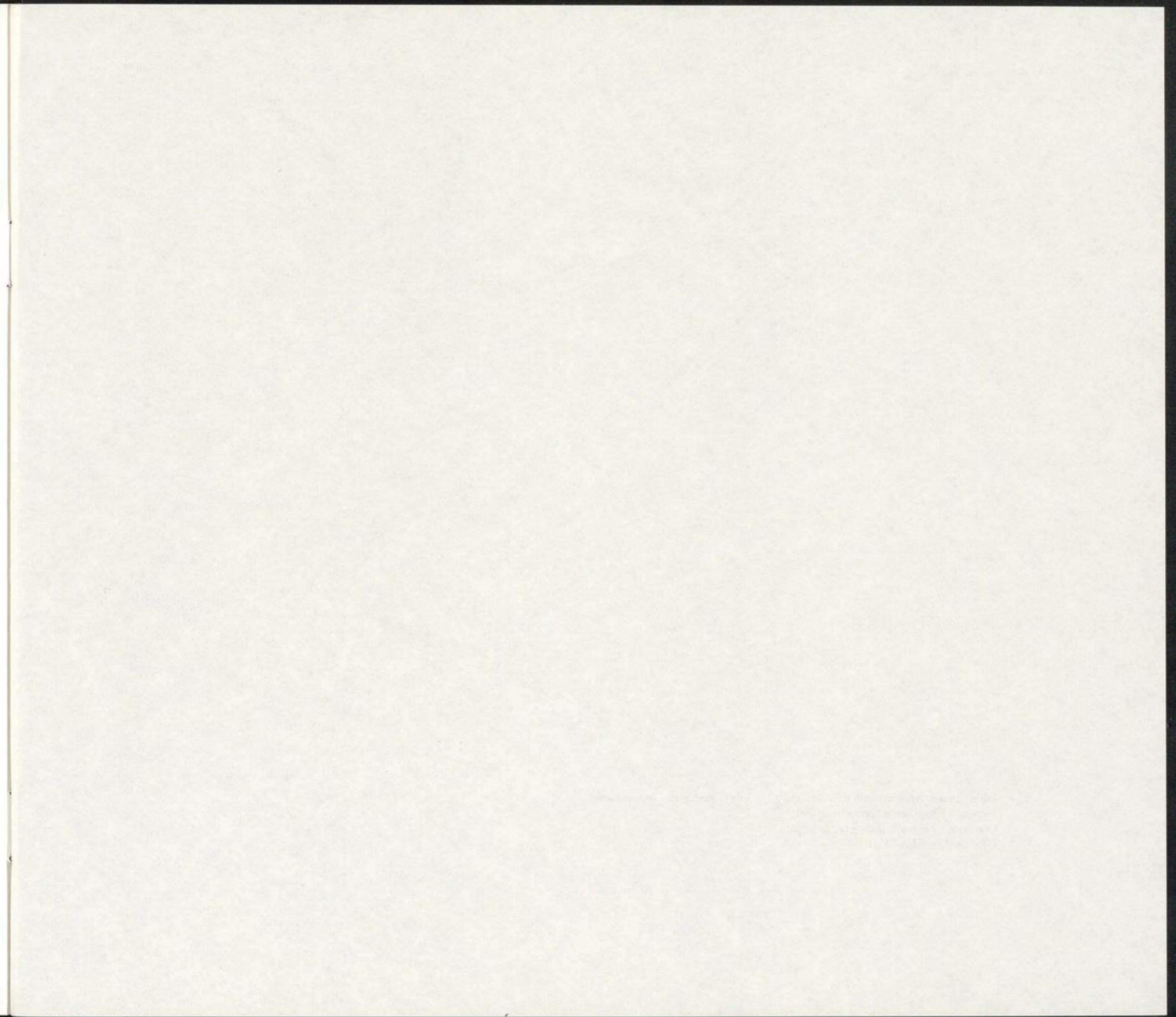


C.141
12

*Pregón Semana Santa
Dalladolíd 1998
Por D. Quintín Rodríguez Díez*





Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: José María Pérez Concellón
Compone e Imprime: Imprenta Municipal
Déposito Legal: VA-215/1998

fol 4069-1

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

**PREGON SEMANA SANTA
VALLADOLID 1998**
Por D. Quintín Rodríguez Díez

Biblioteca del Archivo



1293282
C.141-12

R. 12134

1998

RECÓN SEMANA SANTA
VALEADOLID 1998
Por D. Manuel Rodríguez Díez





xcelentísimos e Ilustrísimos señores, representantes de la Junta de Cofradías de Semana Santa, señoras y señores:

Permítanme comenzar recordando al profesor D. Emilio Alarcos Llorach fallecido este mismo año, no sólo por la pérdida del excelente filólogo sino por el magnífico Pregón de Semana Santa que pronunciara en 1993 en la Iglesia de San Andrés y en una fecha como esta.

Cito al profesor Alarcos, desde el emocionado recuerdo, identificado con sus palabras de entonces. Comenzó su pregón diciendo: «Cuando tantos y tan eximios oradores, de más rotunda voz y más sólidos saberes, me han precedido en el honroso menester de anunciar solemnemente a los cuatro vientos el comienzo de la Semana Santa vallisoletana, mi confusión es grande y mi cometido arduo».

«En este casi medio siglo, continuó diciendo el profesor entonces, de pregones pasionales, ¿que queda por decir, comentar o loar?. Historiadores y poetas, laicos y eclesiásticos, con autoridad y galanura, han puesto de relieve sucesivamente el significado profundo de la Semana Santa y en particular las gracias y los méritos de esta concreta Semana Santa de Valladolid, y mediante sus palabras han incitado con maestría a participar en la secuencia sacra de su celebración».

«Apenas se descubre pues, terreno fértil sin roturar, ni cabe cavar en los baldíos en busca de maravillas soterradas». Estas son palabras también del profesor Emilio Alarcos quien añadía: «el humilde pregonero de este año tampoco es zahorí para encontrar filones aún no explotados».

Este era el argumento inicial del insigne profesor, vallisoleitano de adopción. Si para él, el mejor gramático de los últimos tiempos, era difícil buscar argumentos originales para el pregón, no necesito decirles la dificultad inicial que en ese mismo planteamiento encuentra quién les habla.

Ciertamente que, en torno a la Semana Santa de Valladolid, está prácticamente todo dicho y no caben originalidades. No obstante, en el intento de hilvanar el pregón cuyo encargo recibí de nuestro Alcalde con el orgullo de quien, en la misión de pregonero, tiene la posibilidad de presumir de la que es su Ciudad en una de

sus actividades, la Semana Santa, que es sin discusión la más bella del mundo, en ésta misión, digo, se me han dado algunas pautas de obligado cumplimiento.

En mi criterio es obligado que cumpla con el marco: esto es, donde nos encontramos, la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valladolid, el primer templo de oración de la Archidiócesis; no puedo pasar por alto que celebramos el V centenario de una de nuestras cofradías señeras, la Vera-Cruz, uno de cuyos pasos, Jesús atado a la columna preside el decorado; y en tercer lugar habré de cumplir con la petición clara del Alcalde de todos los vallisoletanos, y además mi amigo, León de la Riva, de ahondar «en la ascética y mística de nuestra Semana Santa».

No pasaré por alto, en primer lugar, el marco elegido para este acto, la Catedral, el primer templo de oración de Valladolid, y el tono de lo que en ella hayamos de decir trataré de que se ajuste a este lugar de oración. Según tres de los cuatro Evangelistas el primer trabajo que Jesús cumplió en su semana de Pasión, inmediatamente después de su entrada triunfal en Jerusalén, fue desalojar del templo a los que allí vendían y compraban, expulsando con firmeza a los que habían convertido el recinto en algo distinto a lo que estaba escrito: Su Casa, sería Casa de oración.

La segunda pauta obligada para este pregón es la celebración del V centenario de la cofradía penitencial vallisoletana de la

Santa Vera-Cruz. Comenzaré pues, por hacer referencia al aniversario de la Vera-Cruz tratando de bucear en su historia. En este cometido encontraremos parte de todas las historias del resto de las cofradías que han significado algo en nuestra ciudad y que significan hoy el principal impulso organizador de la Semana Santa vallisoletana.

Coincidirán conmigo que acudir a las raíces, a la historia, a la tradición, sirve para obtener las explicaciones de la evolución de los acontecimientos hasta interpretar la costumbre, el hábito, con que llegamos a hoy. Del perfil histórico de la cofradía de la Vera-Cruz, y por extensión de las otras cofradías se deducirán -espero que puedan comprobarlo- al menos tres cuestiones: la misión de solidaridad, de atención a los desamparados, a los marginados, a los pobres, que es objetivo eclesial, figura desde el principio entre las misiones de nuestras cofradías; la religiosidad y el silencio como valor distintivo y destacado de nuestros desfiles no es obra de una invención de nuestros días, sino una consecuencia de las primeras procesiones, de los primeros tiempos, del carácter de nuestras gentes; la aportación cultural, en esculturas inigualables y en arquitectura, inserta en el urbanismo de Valladolid, es el legado riquísimo que recibimos hoy de quienes -las cofradías- desde hace ese montón de años, tantos como quinientos, comenzaron a sentir la vocación de ser cofrade.

V CENTENARIO DE LA VERA-CRUZ

No existen muchos indicios documentales históricos sobre el momento fundacional de la Vera-Cruz. Esa falta de datos ha hecho a los historiadores determinar el año 1498 como el de la fundación de la cofradía, porque en efecto, de aquel año consta que el 16 de marzo comparecieron los cofrades de la Vera-Cruz ante los regidores vallisoletanos para solicitar que se les ayudara a construir un humilladero, empresa que no podían acometer solos debido a sus escasos medios económicos. Los miembros del cabildo accedieron a la petición y la cofradía pudo disponer de su ermita «a la puerta del Campo» -exactamente al lado del Campo Grande en lo que hoy es la plaza de Zorrilla-.

Hay magníficos trabajos sobre el origen de las cofradías y la incidencia que para la vida eclesial y para la sociedad tuvieron a lo largo del tiempo en Valladolid. Se hizo una recopilación exhaustiva con motivo del IV centenario de la creación de la diócesis de Valladolid auspiciado por el Arzobispado y nuestra Diputación Provincial en un excelente volumen, «Historia de la Diócesis de Valladolid», en el que Enrique García Martín investiga la historia de las cofradías y su obra social.

El historiador García Martín es contundente sobre el concepto de cofradía: ya en su origen, va unido al de religiosidad popular. Ante la vivencia religiosa de la clase privilegiada (personas cultas que forman el alto clero, humanistas y teólogos), que constituyen una minoría, existe una inmensa masa de gente que tiene como característica común la pobreza. La preocupación por los pobres fue una obsesión de aquella sociedad, tanto por la atención caritativa que merecían como por las mismas consecuencias de su estado carencial.

En el trabajo a que hago referencia del profesor García Martín se citan los estudios realizados por Teófanos Egido sobre los pobres y la pobreza de aquellos años del siglo XV en los que «el hambre manipulada por otros intereses, la vagancia pordiosera y la prostitución, con el agravante de la peligrosidad social, originaron tal pánico hacia estos marginados, que fue imposible de eliminar y que se materializó en el alejamiento de ellos de la ciudad y en la creación de hospitales».

Aquellos hospitales fueron regentados por la Iglesia única institución que realizó una obra semejante y por las cofradías. El profesor Teófanés Egido dividió las cofradías de Valladolid en varios tipos: asistenciales, de ánimas, gremiales, devocionales y penitenciales. Todas ellas realizaron una ingente labor social.

Escribe Enrique García Martín, que dedicó su doctorado a estas cuestiones, que la finalidad de las cofradías penitenciales como su denominación revela era vivir la penitencia mediante las procesiones de Semana Santa. En aquellos años, eran cinco las cofradías penitenciales: Vera-Cruz, Angustias, Jesús Nazareno, Pasión y Piedad. Dice de ellas el historiador citado que las cinco cofradías fueron en su momento «tanto por aceptación popular como por su incidencia cultural en el campo del arte las más importantes y grandes protagonistas de la vida de la ciudad». En la labor social inicial de las cofradías, la Vera-Cruz, surgida al amparo del espíritu franciscano centró su atención en recoger a los peregrinos y viandantes desamparados. La cofradía de las Angustias, por ejemplo, tuvo la finalidad de curar a los enfermos de tiña y otras dolencias contagiosas.

Las cofradías disponían para atender estos fines de su correspondiente hospital. La Vera-Cruz lo tenía al pie de la Iglesia (su primera sede estuvo en el desaparecido convento de San Francisco sito en la Plaza Mayor), la Pasión tuvo también el hospital adyacente a ella; las Angustias, en la calle Torrecilla y la Piedad dis-

ponía del Hospital de Convalecientes en la calle de la Parra, actual Duque de Lerma.

Estos hospitales después de atender a miles de personas marginadas durante tres siglos, desde el XV, luchando contra la hambruna, las pestes, las enfermedades mil y los contagios infinitos, dada la precariedad de condiciones económicas del tiempo, desaparecieron en el siglo XVIII. La economía de las cofradías no daba para tanto y se llegó a situaciones ciertamente lamentables. Enrique García Martín narra que el hacinamiento y la falta de higiene eran los protagonistas en aquella situación de deterioro hospitalario. Baste como muestra el inventario que se hizo en el año 1611 en el Hospital de convalecientes de la cofradía de la Piedad: 43 mantas viejas, 13 sábanas viejas, 9 jergones viejos, 8 colchones viejos, 10 camas, bancos de madera de pino y 2 orinales de barro.

El que se llegara a aquella situación que forzó la desaparición de los hospitales, no empaña la labor de siglos en beneficio de los pobres, de los desamparados y de las capas marginales de la sociedad. No sólo fue inmensa la labor hospitalaria de los cofrades que sufragaron en los sepelios las ceremonias, los gastos de la mortaja, «el pago al que cavaba la fosa y al campanero»; también buscaron dineros para entregar prendas de vestir: ropones de sayal, medias y zapatos, mantas y alimentos; establecieron entre los cofrades turnos de guardia de atención a los pobres; y tuvieron el orgullo de la solidaridad cuando se trataba de socorrer a un cofrade de los mismos colo-

res, a un hermano de devoción. Parte del espíritu de solidaridad y de caridad cristiana que estuvo en el origen de las cofradías llega hasta nuestros días, afortunadamente.

También es cierto que las cofradías han tenido diferencias y disputas a lo largo de su historia. Se me permitirá que recuerde algunas de aquellas diferencias y que, con una sonrisa, diga que las diferencias se resuelven hoy por vías más racionales y pacíficas. Ya en el siglo XVI se perciben conflictos motivados en el logro de ventajas, mejores tiempos, mejores días y mejores horas para el desfile de cada cofradía. La mayor intensidad de las disputas se centraba en lograr esas ventajas, el mejor lugar y la mejor hora, el día de Viernes Santo. Sirvan como referencia estas fechas: en 1549 la cofradía de la Vera-Cruz demandaba a la de los Genoveses (Piedad) por estas cuestiones; en 1573 sucedía lo mismo con la Vera-Cruz y la Pasión; en 1585 entre la Piedad y la de Ntra. Sra. de la Alegría.

El profesor Teófanos Egido que recopila todos estos datos, detalla que en 1593 el Abad de Valladolid, puesto que Valladolid aún no era obispado, «tuvo que tomar medidas severas que nunca acabarían de cumplirse, para que las cofradías rivales no se encuentren ni hagan escándalo so la dicha sentencia de excomunión y la multa de 24 ducados para obras pías». Los pleitos llegaron a tener tal cariz, que el cronicón de Valladolid recoge que «aquel sábado 8 de setiembre, día de Ntra. Sra., después de comer anno Domini de

1470, pelearon en Valladolid dos cofradías que al tiempo había en ella: la una de la Trinidad, que era de mercaderes; la otra de San Andrés, de ciertos escuderos e oficiales e otras gentes. En la cual pelea pelearon en la boca de la Frenería, en la boca de la calle de Olleros e de Santiago e del Azoguejos. Murieron 14 varones e 2 mujeres desta pelea».

Ya decía, con una sonrisa, que las diferencias antañonas no tienen nada que ver con el hoy.

COFRADÍAS PENITENCIALES

Además de aquel espíritu de caridad que he tratado de poner de manifiesto, nuestras cofradías nacieron para la penitencia y la oración. Aquellos orígenes iluminan, o deben iluminar, su actuación en estos tiempos. Las cofradías penitenciales, en particular la de la Vera-Cruz, cuyo quinto centenario celebramos, tuvieron en los desfiles procesionales su fin primordial.

El profesor de historia y dominico, Jesús María Palomares, escribe que desde tiempo inmemorial tuvo la ciudad ocasión de atisbar el hondo sentido de las procesiones. «Los años finiseculares del XVI cobijan, dice el profesor Palomares, con testimonios documen-

tales la actividad desplegada por la cofradía de la Santa Vera-Cruz al propiciar el Jueves Santo una marcha, desde San Francisco hasta el humilladero del campo (Campo Grande), frente al hospital de la Resurrección, para luego retornar a su sede habitual».

Uno de los autores más citados por todos los estudiosos del origen de nuestra Semana Santa, el portugués Tomé Pinheiro da Veiga en referencia a aquella procesión de la Vera-Cruz en Jueves Santo, cita hasta siete pasos distintos: la Cena, La Oración del huerto con el prendimiento, la Verónica, La Crucifixión, La Lanzada de Longinos, El Descendimiento y La Piedad. Se trataba lógicamente de figuras de «papelón», con imágenes de tela encolada en la que sólo se tallaba algunas partes.

De esos siete pasos que cito no conserva ninguno la cofradía. Presumiblemente la fragilidad del papel hace obvia la explicación de la desaparición de aquello. Sí se conserva en cambio otro paso de aquel material, que aun sale en nuestra procesión del Domingo de Ramos: «la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén» popularmente conocido como «La Borriquilla» tan apreciado por los niños, del que algunos sitúan su origen en el siglo XVI.

Las cofradías, que asumieron la responsabilidad que les correspondía para mantener la tradición de aquellas incomparables procesiones hicieron el esfuerzo de sustituir el «papelón» por la madera noble, por la talla esmerada y realista, y por la policromía de nues-

tros imagineros que hace que el mundo entero admire nuestra riqueza inconmensurable de arte sacro. Estamos en los siglos XVII y XVIII.

No caben en un pregón todos los pasos de la Semana Santa Vallisoletana: no terminaríamos de hablar de ellos en varios días. Sí haré referencia al Jesús atado a la columna, obra de Gregorio Fernández, que algunos autores sitúan como realizado el año 1619 y que el profesor Jesús Urrea Fernández actual Director del Museo de Escultura, afirma que «con anterioridad a 1619, Gregorio Fernández, hizo las figuras que integran la composición de la «Flagelación» para la cofradía de la Vera-Cruz y del que únicamente se conserva el Cristo atado a la columna».

Tuve la tentación, que les confieso, de plantear este pregón consultando alguno de los realizadores de televisión, compañeros míos en nuestra TVE en Castilla y León. Si así hubiera hecho estoy seguro que habiéramos hablado detenidamente de esta imagen que nos preside: es el Jesús más humillado y vejado que podemos encontrar; su rodillas desechas y sangrantes y su espalda esculpida por el arado del látigo, por los azotes. Es la imagen del dolor de quien, impotente ante la incomprensión de los agresores, conserva una mirada de absoluta serenidad, de impresionante dulzura, de estar anunciando ya su «perdónales» de la Cruz.

En esa tentación de buscar imágenes impactantes para la televisión no he querido profundizar: es tan bello imaginar un plano

de la Virgen de la Vera-Cruz abandonando la Plaza Mayor para entrar en Santiago..., es tan impactante imaginar cualquier paso doliente de perfil en Recoletos, con las luces de los hachones, con la música de nuestras bandas, con el uniforme de nuestros cofrades; ofrecen tantas posibilidades el color, la luz, las imágenes, el orden, el movimiento de cofrades y pasos...

Abandoné esta tentación, porque me hubieran exigido, no imaginar la procesión, sino fotografiarla en cámara, para ofrecerla en directo. Les confesaré que sólo un par de semanas antes de que se me anunciara la posibilidad de dar este pregón, había comentado con alguno de mis más directos colaboradores que me gustaría que un año de estos pudiéramos volver a transmitir nuestra Procesión General, la del Viernes Santo. Sueño con que los medios, y el tiempo de programación, hagan posible ese deseo cuanto antes.

ARQUITECTURA

Todas las cofradías realizaron grandes inversiones para contar con los mejores imagineros y gozar de las esculturas más bellas para el culto en sus iglesias y para los desfiles procesionales. Nos legaron, un conjunto de esculturas en policromía que suponen un impagable patrimonio. Pero hicieron algo más: la arquitectura de sus iglesias, otro legado inigualable. Cada cofradía buscó y logró su recinto de oración, además de disponer de un hospital y en su caso, un humilladero.

La cofradía de la Vera-Cruz después de que desapareciera su sede del convento de San Francisco, en la Plaza Mayor, pudo

satisfacer la necesidad de contar con su propia iglesia, construida a sus expensas. Casimiro González-Valladolid, historiador y erudito de finales del siglo XIX en su obra «Valladolid, recuerdos y grandezas» atribuye la fachada de la iglesia penitencial de la Santa Vera-Cruz al arquitecto Juan de Herrera. Recuerda el historiador que en la clave del arco de entrada se lee la inscripción «año 1595» que es el de la primitiva fábrica de esta Iglesia; posteriormente fue reedificada en 1681 celebrándose la solemne dedicación el día 11 de septiembre de aquel año con suntuosas funciones religiosas y magníficas fiestas profanas durante cinco días, alternando con las procesiones vistosas, mascaradas, danzas, juegos de sortija, fuegos artificiales, torneos con caballeros en plaza y por último un lúcido certamen poético, según escribe textualmente el citado erudito.

La riqueza arquitectónica que supone para la ciudad la aportación de las cofradías con sus templos influye decisoriamente, claro está, en el urbanismo de la propia ciudad. Baste la referencia del entorno de la iglesia de la Vera-Cruz. Un especialista, Alejandro Rebollo, afirma que la iglesia de la Vera-Cruz cumple una importante función urbanística «en la conjunción de su fachada con las líneas del tejado y los aleros de la calle Platerías». En su opinión, Platerías, es «el logro de la calle procesional por excelencia a la búsqueda del urbanismo barroco». Ese entorno magnífico, merece hoy todos los esfuerzos de restauración y conservación; es público que el Ayuntamiento ha puesto en marcha los mecanismos de restauración de la calle Platerías; ánimo, porque la historia y la realidad bellísima

demandan la actuación urgente para no perder el legado majestuoso de esa zona de Valladolid.

He hecho referencia sólo a la Vera-Cruz, pero la apreciación de la influencia arquitectónica de las iglesias debidas a las cofradías, sobre el urbanismo es válida para el resto. Martín González, acreditado estudioso de estos temas, se refiere al tipo de arquitectura penitencial de las iglesias de las cofradías del mismo carácter: gran portada para la salida de los pasos, gran balconada en la fachada para ver las procesiones y salón para los cabildos. No tienen torre sino dos espadañas para colocar las campanas. Ciertamente todas las iglesias de nuestras cofradías penitenciales cumplen ese tipo de arquitectura. De las cinco cofradías penitenciales que existieron en Valladolid tres conservan sus templos Vera-Cruz, Angustias y Jesús Nazareno; la que fue iglesia de la Pasión es hoy Museo de Pintura; y la iglesia original de la Piedad, que estuvo situada en la calle Pedro Barruecos, fue demolida en el año 1800.

En la obra «Valladolid recuerdos y grandezas» que ya he citado, y que fue editada con oportunidad y buen gusto en facsímil por el grupo Pinciano, se valora de la fachada de la Vera-Cruz sobre todo «la perfección y el delicado trabajo de los cuatro capiteles de sus columnas». Traigo a colación esas afirmaciones porque están hechas en el año 1900 y, ya entonces, al hablar del interior de la iglesia que consta de tres naves separadas por pilastras y elegantes arcos y sobre las imágenes que allí se veneran, dice el autor que «todas son

admirables pero principalmente la Dolorosa y el Señor atado a la columna».

Cita el autor al crítico Isidoro Bosarte que en referencia a la imagen de la Virgen dijo que «el diseño, paño y artificios de sus tocas son excelentes y por lo que hace a la hermosura de su cabeza, si los ángeles del cielo no bajan a hacerla más bella, de mano del hombre no hay más que esperar».

Además de lo dicho sobre la participación que a lo largo de la historia han tenido en la estructura de la sociedad las cofradías, por su solidaridad con los marginados, por su aportación al patrimonio universal en arte, arquitectura y escultura inigualables, este movimiento, el de las cofradías, ha significado y significa una importante aportación a la cultura y espiritualidad de las diferentes generaciones.

SILENCIO

Si hablamos tópicamente de la Semana Santa de Valladolid por su religiosidad, por su seriedad por excelencia, o por el silencio en que discurren sus procesiones, no sólo no hablamos en balde, sino que, fundadamente, nuestra Semana Santa encuentra su personalidad en los antecedentes en la historia. Habrá que volver también en este caso a los primeros tiempos para encontrar que efectivamente las cofradías marcaron en los inicios ese carácter diferencial de nuestra Semana Santa.

Jesús María Palomares, profesor de Historia y dominico, recoge del testimonio de Pinheiro, extravagante portugués ya citado,

testigo ocular del trasiego de nuestra ciudad en los tiempos de la Corte que, en vísperas del nacimiento del príncipe Felipe, futuro rey Felipe IV, cuenta que «por la tarde del Viernes Santo sale la más principal procesión que llaman de la Soledad que es la más famosa de todas. Salió de San Pablo, frente a Palacio que es monasterio de dominicos y duró más de tres horas y media con el mismo orden, concierto y distribución, y así acaba casi de noche y lleva muchos más pendones y antorchas y es cofradía de gente más grave y lo que es más de alabar es el orden y concierto, porque desde que salen hasta que se recogen, no ha de cambiar de sitio ni cruzar una persona, ni de entremeterse otra, porque, como tengo dicho, no entran en ella más que los disciplinantes y hermanos con hachas y los jueces que los van ordenando».

Al margen de los cortejos procesionales de la Semana Santa, según investigación del profesor Palomares, abundan por aquellos siglos las manifestaciones penitenciales de rogativas públicas por sequías, inundaciones, epidemias, etc. Son motivos también de fastuosos cortejos procesionales la traída de reliquias, clausura de novenarios, Corpus, procesos de canonización y beatificación, etc. Todas estas manifestaciones son impulsadas por las cofradías. El ambiente de religiosidad y fe que se vive es ratificado por escrito en el siglo XVI por el L. Febvre: «todos los actos, todas las jornadas están saturadas de religión. Aquí se vive un ambiente de fe marcado por el ritmo sacramental del bautismo, el matrimonio, las fórmulas testamentarias. La propia nomenclatura de los contratos de casas,

tierras y rentas advierte la índole religiosa de todos ellos al fijar los plazos por conmemoraciones de santos «Santamaría de agosto, San Juan de Junio, Santa María de Septiembre, Pascuas, San Miguel...».

Otro autor, Benasar, al estudiar las señas de identidad vallisoletanas durante el Siglo de Oro antepone a todas las demás, la evidencia de la fe y define a Valladolid como una ciudad católica. No en vano, según datos del profesor Palomares, en 1591 con una población aproximada en Valladolid de 40.000 habitantes, existían 300 sacerdotes seculares y 1.140 monjes y monjas, es decir una proporción cercana al 4% del total de la población. La religión penetraba y regulaba toda la vida de la ciudad mezclándose hasta lo más nimio, familiar y profano. Todo se hacía, teóricamente al menos, para mayor gloria de Dios. Y ese espíritu rompía el molde familiar para salir a las calles, suspendiendo la circulación de los vehículos, enmudeciendo las campanas, haciendo votos por salir a la calle callados, evitando hablarse, serios, y sin armas... El silencio solemne de entonces, promovido sobre todo por las cofradías penitenciales, es explicación y testimonio de la personalidad, de la seriedad, del hecho diferencial de las procesiones de la Semana Santa de Valladolid.

Ha sido, a lo largo del tiempo, y es en la actualidad, tan importante la obra y el papel de las cofradías que debieran obtener mayor reconocimiento público. Me sumo a la petición que, hace justo un año, en el pregón de la Semana Santa formuló Miguel

Angel Rodríguez, Secretario de Estado para la Comunicación, con cuya amistad me honro. Dijo entonces Miguel Angel: «Creo que sería justo que Valladolid hiciera un homenaje a las cofradías de Semana Santa. No digo ya a los directivos, que lo merecen porque sin su esfuerzo no sería posible nada de esto. Pero también a los cofrades anónimos, a quienes nadie obliga, y que adornan con sus hábitos y su silencio esta obra maestra en la que se han convertido las procesiones».

Me adhiero, digo a esta petición, el reconocimiento público a nuestras cofradías es obligado. Ese homenaje, y poner de manifiesto el esperanzador futuro de las cofradías. Cada año se cuentan por centenares las llegadas de nuevos cofrades. Cada primavera son más los que quieren estar en las procesiones. Cada vez mueve más al optimismo que, son sobre todo los jóvenes, quienes quieren llevar la antorcha, el hábito, la tradición, la luz de la fe sobre este acontecimiento inigualable.

TESTIMONIO DE FE

Estas reflexiones anteriores, el peculiar estilo del silencio de nuestra Semana Santa, las riquísimas esculturas de nuestros imagineros, la religiosidad y solidaridad de nuestros cofrades, como algo consustancial a nuestra historia, la de Valladolid, la de su Semana Santa, y su influencia en nuestros días, podrían ser hechas desde cualquier punto de vista profano, agnóstico, practicante de otras religiones o cualquier observador imparcial. Dejar por tanto la reflexión ahí, sin profundizar desde la fe cristiana en el significado de la vivencia que para los creyentes supone nuestra Semana Santa, ofrecería un resultado raquítico.

Invito a los creyentes, practicantes o menos practicantes, a que sigan acompañándome en la meditación desde la fe sobre la Semana Santa y en particular sobre la nuestra, la de Valladolid. Quiero hacer la reflexión de la mano del magisterio de la Iglesia. La unidad administrativa, organizativa y pastoral en la Iglesia Católica es la diócesis, Archidiócesis en nuestro caso. Por ello debemos acudir al magisterio del máximo representante, el Arzobispo.

Tengo leído y escuchado, muchas veces, de nuestro pastor y Arzobispo Monseñor Delicado Baeza que la historia humana es «historia de salvación»: a diferencia de las demás religiones, según nuestra fe cristiana, no es sólo el hombre el que busca a Dios; es Dios quien viene en la persona del Hijo al encuentro del hombre para mostrarle el camino de salvación, el decir, para que sepa realizar, según el plan de Dios su propia historia individual y colectiva.

En esa historia «salvífica» de la humanidad, individual y colectivamente considerada, nuestra religión, la cristiana, es una religión de «comunicación» como ha reiterado también muchas veces Monseñor Delicado Baeza: Dios trató de revelarse al hombre desde la Biblia y los Libros del Antiguo Testamento primero, y Dios es quien en esa comunicación con que busca al hombre envía a su hijo, «el Verbo», la palabra hecha carne.

Desde la profesión de periodista, este mensaje de la comunicación resulta bellísimo y claro: en castellano, en la gramática cas-

tellana, la piedra angular de cada oración gramatical es el verbo; en la historia de la salvación, como proyecto de Dios para la Humanidad, el Verbo se hace carne para traernos la palabra, el mensaje, la llamada de Dios.

Es, desde este punto de vista, el de la fe, donde la Semana Santa cobra toda su dimensión: el Dios hecho Verbo comparte con los hombres la propia historia de la salvación: vida, muerte, y el gran misterio, la Resurrección. La marcha de la Humanidad en el tiempo, ha dicho nuestro Prelado, es una corriente que está orientada en Cristo a una misteriosa pero garantizada plenitud en la misma resurrección. Desde la fe hemos de descubrir en la historia de los hombres el fondo del dinamismo salvífico. Desde esta dimensión la evolución histórica de nuestras cofradías, y de otros movimientos eclesiales que perduran en el tiempo parecen ofrecer signos del avance del nuevo pueblo de Dios.

La cuestión, el asunto central pues de nuestra fe, pasa por la Semana en que se hizo posible la aclamación a la entrada del Hijo de David, revelado en los primeros libros de Dios, en la Jerusalén anual de la humanidad; el sacrificio de la muerte en la Cruz y sobre todo la comunicación última de Pentecostés: Dios, cumplido el mensaje del Verbo ha resucitado. A partir de ahí los Apóstoles seguirán comunicando al Pueblo de Dios, en su camino de salvación que, efectivamente, porque Jesucristo murió y resucitó, es posible nuestra resurrección y salvación.

Si cada año, los cristianos, no reflexionáramos sobre el misterio, habríamos perdido la mejor ocasión que es la que brinda la Semana Santa. Si cada año no oímos la voz de Pedro en Pentecostés, llamando a la conversión: «Arrepentíos pues y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. Dios, resucitando a su Siervo, os lo envía a vosotros», si no volvemos sobre esta reflexión, habremos perdido el tiempo como cristianos.

Pues bien, en este orden de cosas, la Semana Santa de Valladolid, por su característica más conocida, la religiosidad, hace más posible la interiorización de la comunicación de Dios en su mensaje permanente a los cristianos de forma individual y colectiva. Al respecto, me remito a la experiencia individual de cada uno en relación con las vivencias de Semana Santa. No tengo inconveniente en aportar alguna de mis vivencias, en las que, seguro, encontrarán reflejo algunos de los que me escuchan.

Se me ha animado desde la Junta de Cofradías a que aporte recuerdos personales de nuestra Semana Santa. Y tal vez no hubiera sido necesaria la indicación. Muchos de los pregoneros que me han precedido no tuvieron inconveniente en aportar sus vivencias emocionadas.

Mi primer recuerdo de la Semana Santa de Valladolid, cuando de niño vivía en el pueblo de la provincia vallisoletana donde nací, Moral de la Reina, es el de mi madre escuchando la

radio con recogimiento el día de Viernes Santo: el pregón de las Siete Palabras, solemne, rotundo en aquel viejo aparato de lámparas encima de la chimenea, llenaba durante horas la casa entera. Años después encontré en mi poeta preferido en los temas de la Pasión, Félix Antonio González, algunas claves de la emoción y el recogimiento materno al oír el mensaje radiofónico:

*«Que Jesús casi vivo y casi muerto
está diciendo al mundo su mensaje
en sus siete palabras de agonía»*

Años después la Dirección de Radio Popular, hoy cadena COPE, para la que trabajaba, me encomendó la transmisión de nuestro Sermón de las Siete Palabras desde la Plaza Mayor de Valladolid para toda España. No necesito explicar la emoción que en aquella ocasión experimenté, a sabiendas de que receptores más modernos hacían llegar mi voz, la voz del predicador y mi voz, el silencio de la Plaza Mayor de Valladolid a millones de hogares donde la Comunicación de Dios, en su testamento desde la Cruz para la salvación del mundo volvía a repetir el «Todo se ha consumado». El Sermón de las Siete Palabras, por radio, por televisión, en la misma plaza -que a mí me parece bellísima después de la última restauración-, el Sermón digo también tiene antecedentes históricos entre nosotros: fueron famosos los autos sacramentales de la Plaza Mayor de Valladolid. En las proximidades al año 2000 nuestro Sermón explicativo del testamento de Cristo en la Cruz es un acto de fe que se repite cada año.

Mi primer trabajo en radio, en relación con la Semana Santa de Valladolid, no fue aquel, no obstante. Con apenas veinte años cumplidos, desde la Voz de Valladolid tuve que poner voz a través de la megafonía instalada en las calles de Platerías, Fuente Dorada, Santiago, Plaza Mayor, etc. a la procesión de «La Borriquilla», el Domingo de Ramos. Acababa de llegar a la radio, y casi me estrenaba en la Semana Santa de Valladolid.

Tengo entre los recuerdos anteriores, los primeros años de colegio. En el colegio de Ntra. Sra. de Lourdes era capellán Carlos Martín Manjarrés, hoy Presidente del Cabildo Catedralicio que nos acompaña en lugar destacado, como corresponde, en este pregón. Pues bien, en aquellos años de adolescente, cada Jueves Santo, en los oficios recibía el encargo de que leyera junto con otros compañeros el Evangelio que narra completa la Semana de Pasión. Recuerdo que me correspondió en suerte en sucesivos años el papel de narrador. Otras voces, las de Judas, las de Pedro, las otras eran las de compañeros míos. Siempre Carlos Martín Manjarrés era la voz de Jesús: interpretaba muy bien el papel. Quien sabe si de aquella lectura no surgió la vocación de lo que fue mi primera experiencia periodística, la locución para radio.

Junto a la Semana Santa procesional, la que sale a las calles, la del arte y el turismo hay otra que no debemos olvidar: religiosos y religiosas, en sus centros, están en oración y penitencia en estos días; en las parroquias se vive la autenticidad cristiana del recogimiento.

miento y la vigilia de preparación de la Pascua; feligreses y sacerdotes se unen estos días en la petición de perdona a tu pueblo, que cada año debemos repetir los Hijos de Dios; centenares de jóvenes de corazón limpio participan de la penitencia y la oración por los otros.

Hay otra Semana Santa de los que, no tan próximos a la Iglesia, o a la práctica litúrgica, no pierden la ocasión para aproximarse a la fe en estos días señalados. A estos se dirigió en más de una ocasión José Luis Martín Descalzo predicador por excelencia y pregonero insigne de nuestra Semana Santa; desde su condición de sacerdote llegó a decir que «Los verdaderos protagonistas de la Semana Santa de Valladolid no eran los pasos de Gregorio Fernández o de Juan de Juni, sino las gentes que en las procesiones les rodeaban».

«Por eso en aquellos años cuando yo, dice el sacerdote Martín Descalzo, iba en medio de la procesión tras el paso imponente de Jesús entre los dos ladrones, mis ojos no se iban ya hacia los cristos de palo sino hacia los cristos de carne que contemplaban la procesión a derecha e izquierda de las calles. Esta es la Semana Santa que importa, la única que importa. La otra es sólo el medio que puede hacer vibrar a los corazones y despertar a las conciencias. De niño yo estaba seguro de que nuestra Semana Santa era la más hermosa de todas las del mundo. De cura descubrí que sólo Dios, conocedor de los corazones, podía saber que Semana Santa es en realidad la mejor».

En ocasiones habrán escuchado polemizar sobre si el turismo y la algarabía externa en torno a la semana vacacional coincidente con la Semana Santa no es exactamente compatible con el tono de religiosidad y silencio que presumimos acompaña a nuestra inigualable celebración. Escuchado lo dicho por Martín Descalzo, parece que no hay cuestión para este debate.

Entiendo, y así lo digo alto y claro, pues pregonero, según la etimología es quien dice verdad, que la Semana Santa, que significa para los cristianos el recordatorio anual de la piedra angular de nuestra fe, la muerte y resurrección del Hijo de Dios, debe seguir saliendo a la calle, para testimoniar nuestra fe para que se acerquen a ella los alejados, y para que respeten en ella los agnósticos la libertad que el Dios de cada uno nos ha dado a todos. Bienvenidos sean a Valladolid los millares de personas que se acercan a maravillarse de lo que, para ellos, es sólo arte y rito admirable; nuestra bienvenida a los que aprovechan su estancia para conocer nuestras gentes, saborear nuestros platos y degustar nuestros vinos...., profesen la religión que profesen o hayan vuelto la espalda a cualquier religión. Como ciudadanos tendremos la obligación de recibir a nuestros visitantes con los brazos abiertos. Como cristianos nuestra obligación es recibir con los brazos de la fe y por amor a Dios a quienes se aproximen a nuestras celebraciones.

Falté varios años de Valladolid por motivos profesionales, y no dejé de venir a mi ciudad durante estos quince o dieciséis años

en los que trabajé fuera. Como alguien, no se quién, dijo, tu ciudad es el lugar donde ves a las personas que quieres ver, donde encuentras las manos que buscabas y que encuentras para estrechar, y donde al alzar la vista algo interior identifica el paisaje con tu mismo sentimiento: aquí todo cielo y con el horizonte tan lejos que apenas se divisa.

Dicho con palabras de otro poeta, Pino:

*«Tan solo aquí, viajero, en esta orilla
del Pisuerga que cruza la llanura,
comprenderás la voz de la amargura
sin límites, eterna de la arcilla.*

*Viajero, aquí hallarás la maravilla
de la tierra que al Cielo se apresura
y -abrazándose a él- te lo asegura.
Tan sólo aquí, en el centro de Castilla.*

*Aquí, donde la luz es trigo y mana
al corte de la hoz, luz más cercana
que a celeste manjar invita inerte,
ve morir a Jesús. En alba pura
convertirá y en trigo la amargura.
Llegando aquí comprenderás su muerte».*

Pues bien en ese deambular por diferentes trabajos recibí el encargo de transmitir, también por radio, también en la COPE, procesiones de la Semana Santa de Málaga. Me hacía ayudar para ello de un «soplón», un especialista, que me iba sugiriendo los nombres de las cosas: «aquel es el hermano mayor, el otro el mayordomo, aquellos son bocinas, el autor de la saeta es...». Las procesiones de Málaga son bellísimas, resulta impresionante meterse bajo el paso junto a doscientos costaleros más, la saeta que corta el aire a la llegada del trono cargado de flores hace vibrar los corazones... Para quien les habla, no era eso. En Málaga se realiza un concurso de saetas cada año; me vi en la obligación de estudiar el género para presentar a quienes contendían en aquel concurso bellísimo. Tuve ocasión de leer una oración en la plaza pública que paracaidistas del Ejército dedican a Jesús en un ritual en el que simulan retirar los clavos de Cristo en la Cruz, para portándole a hombros evitarle el sacrificio; emocionantísimo también, pero, para quien les habla, no era eso. No se trata de comparar una procesión con la otra. Mi respeto y mi admiración por otras maneras de sentir y vivir la religiosidad y la Semana Santa.

En la historia individual de cada hombre la influencia de las vivencias de los primeros años posiblemente marquen para siempre. Con mis padres, en el colegio, los años de adolescencia acompañando la procesión de Sacrificio y Penitencia, o la Soledad, la del Silencio, más tarde transmitiendo procesiones y pregones para la radio, o dejando constancia escrita en la prensa, aprendí a amar la

Semana Santa de mi ciudad. Más adelante he podido comprobar con emoción que mis hijos, cuando han comenzado a dar los primeros pasos han aceptado y compartido ese mismo amor por nuestra celebración.

No puedo olvidar los ojos de Hector, el mayor de mis hijos, cuando con apenas 5 años el párroco de la Antigua, Valentín, le explicaba que el Cristo recibía el apelativo de "Kubala" en recuerdo del jugador de fútbol, por el grosor de las pantorrillas. Ni podré olvidar tampoco a la pequeña, Ruth, cuando con poco más de 2 años solicitaba que no se fuera el Cristo que acababa de pasar por el lugar desde la acera en el que en brazos de su madre veía la primera procesión; era tal la obsesión de la cría por seguir al Cristo que se iba que había que correr por detrás de las filas de personas que veían la procesión para ponerse a la altura de la imagen y dar satisfacción a la deliciosa "enana".

Son tantas las vivencias acumuladas que resulta difícil aceptar comparaciones entre ésta y otras celebraciones. Cada año en que estuve fuera de Valladolid aparecí por Semana Santa, como por obligación acompañado por mi esposa y por mis hijos a ver a mi gente, a estrechar las manos que buscaba, a quedarme en la acera al paso de los cofrades, a reconocerme en el sonido de la caja destemplada de los tambores y en los agudos de las cornetas.... Los desfiles procesionales mejores del mundo son los de Valladolid. Al menos para quien les habla. No discutiré con quienes mantengan lo con-

trario. Pero estoy dispuesto a mantener mi afirmación y a ponerla a prueba: investigúese si existe alguna Semana Santa en el mundo, fuera de Valladolid, que ofrezca en una sola tarde la secuencia completa de la Pasión y muerte del Redentor. Aquí sí, aquí el Viernes Santo la Procesión General del Salvador recuerda paso a paso el misterio de la Cruz y la Resurrección.

En ese llegar anual a mi Semana Santa no ha faltado nunca, nunca, una cita obligada: al final de la procesión de Viernes Santo, la Salve popular a la Virgen de las Angustias acompañada, por otros pasos y miles de fieles, en el momento de retirarse a la Iglesia. Ha sido y es para mí uno de los momentos más emotivos de nuestra celebración. He comprobado año tras año que, con nuestro Arzobispo, se encontraban siempre el Alcalde, Concejales y Autoridades. Siempre ha sido así. Nadie preguntó la confesionalidad o no de los partidos políticos o las ideas representadas. Nadie pasó lista de las ausencias. Es una celebración de todos los vallisoletanos, en la que estuvieron nuestros padres, los padres de estos, los abuelos de aquellos y así, pregúntenles a los cofrades de la Vera-Cruz, desde hace 500 años.

Valladolid cada año, también este, volverá a vestirse de alegría y enarbolar las palmas el Domingo de Ramos, a suplicar que la lluvia nos deje en paz por unas horas, a rezar el Santísimo Rosario del Dolor, a participar en los Viacrucis procesionales, a rezar a Ntra. Sra. de la Amargura, a la Piedad, a la Dolorosa y a cantar, volverá a

hacerse coro ante su Señora para repetir también en 1998, «Vuelve a nosotros Tus ojos misericordiosos».

Simbolizando ese cántico de Valladolid a la Madre, dolorida por el Hijo que acaba de morir, les comunico que no les aburro más. Están preparadas las voces del coro de Santa Cecilia que mejor que yo harán la primera plegaria cantada de preparación de penitencia y caridad ante la Semana Santa próxima.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY

RESEARCH REPORT
NO. 1000
BY
J. H. GOLDSTEIN
AND
R. F. FIESHER

